

Lección Inaugural
Programa de Literatura, modalidad virtual
Primer cuatrimestre de 2014

GRAFOMANÍA ÉTICA Y ESCRITURAS DE SÍ

Por Romina Magallanes

Lic. en Filosofía

Doctoranda en Humanidades y Artes

Universidad Nacional de Rosario, Argentina

“Donde acaba el lenguaje empieza, no lo indecible, sino la materia de la palabra. Quien nunca ha alcanzado, como en un sueño, esta lignaria sustancia de la lengua, a la que los antiguos llaman “selva”, es, aunque calle, prisionero de las representaciones”.

Giorgio Agamben. Idea de la prosa



I. Introducción

El trabajo que presentaré para esta ocasión se propone desarrollar la noción de *Escritura* vinculada a dos modos singulares de su práctica: por un lado, la grafomanía, algo así como una compulsión escrituraria, un ejercicio del cuerpo, un vicio imparable por escribir; por otro, la índole ética de tal escritura, en el sentido planteado por M. Foucault: la ética no entendida como un conjunto de valores propuestos por aparatos prescriptivos ya sean instituciones educativas, religiosas, familiares, etcétera; ni reglas definidas por valores trascendentes, sistemas autoritarios, jurídicos o disciplinarios; sino como una forma de relación consigo mismo de índole práctica donde el sujeto “actúa sobre sí mismo, busca conocerse, se controla, se prueba, se perfecciona, se transforma” (Foucault, 1999, 29).

Ambas perspectivas tienen lugar en un conjunto de escritos, de escurridiza clasificación¹ -aunque normalmente se los agrupe bajo el género autobiográfico- que,

¹ Beatriz Didier la denomina “forma abierta”, en *Le journal intime*. París. Presses Universitaires de France, 1976.

siguiendo la categoría propuesta por Alberto Giordano, denominaremos Diarios de escritor (Giordano, 2006, 138).

La hipótesis que guiará el presente trabajo postula que uno de los tópicos de los Diarios de Escritores es la grafomanía ética, que implica una concepción novedosa de la escritura, que no subraya su condición de medio de expresión de un contenido previo a ella, sino su compulsión material, y a la vez productora de subjetividad.

II. Grafomanía

Hoy comienzo mi terapia grafológica. Este método (que hace un tiempo me fue sugerido por un amigo loco) parte de la base –en la que se funda la grafología– de una profunda relación entre la letra y los rasgos del carácter, y del supuesto conductista de que los cambios de la conducta pueden producir cambios a nivel psíquico. Cambiando pues la conducta observada en la escritura, se piensa que podría llegarse a cambiar otras cosas en una persona (...)



Trataré de conseguir un tipo de escritura continua, “sin levantar el lápiz” en mitad de las palabras, con lo que creo poder conseguir una mejora en la atención y en la continuidad de mi pensamiento, hoy por hoy bastante dispersas”

Mario Levrero, El discurso vacío.

En un ensayo titulado “Variaciones sobre la escritura”, Roland Barthes parece ser seducido por una experiencia similar a la manifestada por el escritor uruguayo, en su gran novela *El discurso vacío*, escrito en el formato de Diario.

Allí dice Barthes que sus trabajos atendieron durante mucho tiempo a la escritura entendida en sentido metafórico, como una “variedad del estilo literario”, o “el conjunto de signos lingüísticos mediante los cuales un escritor asume la responsabilidad histórica de su forma y se vincula con su trabajo verbal con cierta ideología del lenguaje” (1989, 12). Pero años más tarde, sigue Barthes, lo que le interesa es una especie de retorno hacia el cuerpo:

(...) es el sentido manual del término el que quiero abordar, es la <<escritura>> (el acto muscular de escribir, de trazar letras) lo que me interesa: ese gesto por el cual la mano toma un instrumento (punzón, lápiz, pluma), lo apoya sobre una superficie y de manera pesada o acariciante traza formas regulares, recurrentes, ritmadas (no es necesario decir más: no hablamos necesariamente de <<signos>>) (ibídem)

La pregunta que podríamos interpolar sería aquella que Derrida formulaba a la diseminación:

“Pregunta de la diseminación: ¿qué “pasa”?, según qué tiempo, qué espacio, qué estructura, qué ocurre con el “acontecimiento” cuando “yo escribo”, “yo pongo junto a mí un tintero abierto y algunas hojas de papel”, o “voy a escribir”, “he escrito”: sobre la escritura, contra la escritura, en la escritura...” (Derrida, 1997, 63).

Quisiera proponer dos instancias para pensar estas preguntas: la grafomanía, como compulsión escrituraria que sobresale en la importancia otorgada al material de escritura, la posición del cuerpo, etc, como también en la escritura constante del deseo de escribir porque sí; y, por otra parte, una ética, que implica que tal ejercicio grafomaniaco conlleva un cuidado y trabajo sobre sí. Creo que estos gestos no han sido resaltados y que su centralidad es muy relevante. Un primer ejemplo podría ser el siguiente:

“Confieso que ahora estoy jugando a perder la personalidad y a hacer una caligrafía *standard*, porque pienso que concentrándome en la caligrafía podría olvidarme de mí” (Pérez, 2006, 187).

Esta confesión es realizada por Pablo Pérez en el ciclo *Confesionario. Historia de mi vida privada* coordinado por Cecilia Szperling en el centro Cultural Rojas². Similares ejercicios podemos encontrar en su Diario *Un año sin amor. Diario del sida*. Ambos recuerdan a los ejercicios grafológicos terapéuticos de Levrero (Giordano, 2008, 35). Ambos, por una parte, practican la caligrafía, y por otra esperan un efecto de tal ejercicio.

En la terapia grafológica se concentran las instancias a las que me refería. En primer lugar, como apunta Adriana Astutti comentando el texto de Levrero, es el dibujo de la palabra no el sentido lo que se escribe, y se escribe de espaldas al querer decir, a las ideas, imágenes y relaciones entre ellas, y de espaldas a la literatura (Astutti, 2007-8, 70). Es la escritura manual, la letra, la letra manuscrita lo que importa, su tamaño, su continuidad, cara a cara con el trazo que comienza, continúa, se modifica. La escritura comenzando ella misma desde sí misma, es decir, desde la ausencia de sentido, de escritor, de lector, de presencia, de vida. En este sentido, Darío González dice que “quien escribe un diario, unas cartas o una serie de notas de carácter autobiográfico, no hace sino comenzar a escribir, o cuando menos rememorar algo así como el comienzo de la escritura” (mimeo)³.

Podemos leer estas cuestiones en algunas entradas de *Un año sin amor. Diario del sida*. Allí, Pablo Pérez escribe:

28 de marzo



² Compilado por Szperling (2006), Libros del Rojas-Universidad de Buenos Aires: Buenos Aires.

³ “Desvíos de sí y escritura del yo”, ponencia leída en el coloquio “Escrituras del yo”, CET y CL / UNR, Rosario, agosto de 2006.

“Iba a terminar por hoy, pero me doy cuenta de que estoy escribiendo muy poco. Casi vuelvo a dar vueltas como un *lion en cage*” (1998, 44)

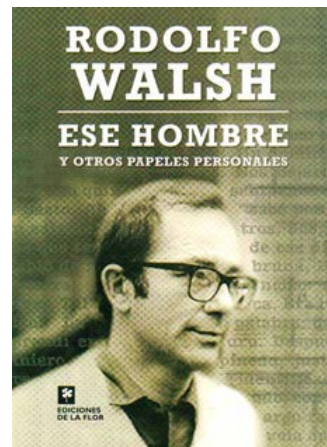
7 de mayo

¿Qué me importa? En realidad lo que ahora me molesta es esta escritura desértica que lucha contra la inmovilidad en la que estuve sumido esta mañana de nueve a diez, atrapado en la hipnosis del mate” (*ibídem*, 62).

Evidentemente, esta y aquellas escrituras significan pero su origen es *insignificante*, tienen una impotencia⁴ escrituraria como origen, el gesto, el trazo como condición de posibilidad de la acción, las representaciones, la expresión, el sentido.

Daniel Link editó el Diario de Rodolfo Walsh con el nombre *Rodolfo Walsh. Ese hombre y otros papeles personales*.⁵

En dicha edición, Link se interesó, en este aspecto clave de la escritura diarística expuesto en cada marca, dibujo, tachadura, papel, color e índole de la birome, lapicera o lápiz, intensidad, tamaño del trazo; en cada fotografía, nota u objeto adherido, entre otros. Si bien no lo consideró un problema esencial, se preocupó en intercalar en el cuerpo del texto copias de los escritos personales de Walsh. En ellos vemos textos manuscritos -en hojas sueltas, de libretas o libros-, escritura mecanografiada, plagados de rayas, enmiendas, agregados, comentarios, subrayados, en diferentes colores. Link anota al pie cada una de estas “intervenciones” en los originales. Al hacerlo, a la vez que las expone, las distingue de la escritura diarística misma. Creemos, y esperamos poder exhibir, que esta distinción es inapropiada.



No ocurre lo mismo con la edición de Ana Becciu, de los diarios de Alejandra Pizarnik. En ella, se ausenta por completo lo que Nora Catelli ha resaltado: los dibujos que abundaban en sus cuadernos (2007, 203).

Asimismo, Mariana Di Cío, luego de haber consultado los archivos de la poeta ubicados en el Departamento de Manuscritos de la biblioteca de la Universidad de Princeton, subraya:

Un simple vistazo es suficiente para constatar la extremada variedad de soportes textuales : folios sueltos de todo color y formato (hojas canson, hojas de calcar, hojas rayadas de carpeta, hojas de contabilidad color celeste, hojas cuadrículadas sin margen, hojas en formato A4, hojas con membretes, papel

⁴ La “impotencia” o “potencia del no” es un concepto elaborado por G. Agamben (en *La potencia del pensamiento. Ensayos y conferencias*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo) a partir del concepto aristotélico de potencia. Se trata de la capacidad de un no ejercicio, la capacidad de no actualizar una disponibilidad, en este caso la potencia de la escritura de actualizarse en una obra significativa.

⁵ Walsh, Rodolfo (2006): *Rodolfo Walsh. Ese hombre y otros papeles personales*. Buenos Aires: Ediciones De La Flor. Link, Daniel (ed).

ilustración; carpetas oficio; cuadernos del tipo escolar y de dibujo, con espirales y cosidos...) y una asombrosa inconstancia en el uso de colores e instrumentos de escritura: lápiz negro, lápices de colores, lapiceras, biromes, marcadores de distintos grosores y, por supuesto, un par de máquinas de escribir, que permitían a Pizarnik no sólo alternar fuentes y estilos sino también introducir, mediante un simple cambio de cinta, colores como el rojo, el verde, el turquesa, capaces de romper la monotonía de una escritura en blanco y negro. Es famosa aquella máquina de escribir en letra cursiva que, por acercarse a la escritura autógrafa, subraya la adecuación entre los instrumentos elegidos por la poeta argentina y su propia escritura, tal como lo señala Héctor Bianciotti : “Tu máquina de escribir me da envidia. He visto muchas tipografías que imitan las antiguas caligrafías – totalmente desaparecidas porque ahora cuando uno dice ‘qué linda letra’ es porque, grafológicamente inconsciente, pretende ver las cualidades del scriptor– pero nunca una letra como la de la tuya. Como es tan parecida a tu letra, pienso que se trata de una máquina de escribir a mano” (2007, 1).

Tanto la edición de Link de los diarios de Walsh como los comentarios de las autoras citadas respecto de los diarios de Pizarnik, creemos ponen de relieve la importancia del siguiente fenómeno: la escritura diarística acontece en una intimidad con lo que rápidamente podríamos llamar gestos caligráficos y tipográficos, esto es, la escritura manuscrita, con sus conocidos soportes: papel, lápiz, cuerpo, la práctica de la letra, el trabajo muscular, y la máquina de escribir, con sus tipos y rollos de cinta.⁶

Escribe Walsh:

Journal, 27.8.69 (...) Tengo que recrear los hábitos, las circunstancias materiales. Un lugar agradable para trabajar, una división armoniosa entre lo que debo a los demás, y lo que a mí mismo me debo. Mi biblioteca, mis papeles, un libro de bitácora (2007 154).

30 de abril de 1972 Abril 30 NUEVO DIARIO. Este año hemos vuelto, *on a retourné cet tan, this year we’ve come back to the island, l’île*, la isla. Escribo con la punta de tres dedos de cada mano, lentamente, como si aprendiera dactilografía (...) (229).

3 de mayo (...) ¿Método? Quizá un tipo de vida artesanal, en que uno

Lo inmediato: una nueva selección de líneas y materiales, que puedo empezar hoy mismo (235).



⁶ Estos párrafos remiten a un artículo propio sobre el tema “No. La imposibilidad de escribir y no escribir: La escritura diarística como materia en Rodolfo Walsh y Alejandra Pizarnik”. *Badebec Revista del Centro de Estudios de Teoría y crítica Literaria*. Facultad de Humanidades y Artes. Universidad Nacional de Rosario. N°5 Septiembre 2013.

Por su parte, Alejandra:

1960: “*Domingo, 11* Esto que acabo de escribir lo recordó la pluma, no yo” (2007 176). 1968: “13/VI (...) Este cuaderno, tan confortable y por fin extranjero, puede ayudarme a reanudar mi vínculo con las obras literarias, las propias y, sobre todo, las ajenas. Inclusive mi caligrafía se mejora y se armoniza por no escribir con un cuaderno argentino” (443). 1966: “*Sábado, 23* (...) Es extraño. Mi estudio sobre el poema en prosa se altera por no saber si usar una carpeta u hojas sueltas para realizarlo” (420). 1968: “3/ III, *domingo* (...) “Escribo con la lapicera más rara del mundo. Pero parece frágil y medio traidora” (443). 1955: “JUNIO “En este momento, estoy escribiendo sobre la mesita de un café. A intervalos imprecisos suspendo la pérdida del líquido tinta para compensarla mediante el líquido té” (23).

Y en el diario de Rosa Chacel, leemos, el 9 de julio de 1955 y el 29 de diciembre de 1956:

“Además, no sé por qué, la mano no me obedece. Todo lo que va escrito aquí es casi ininteligible” (2004, 67).

“Esto está resultando ilegible por la postura: no se puede escribir en postura horizontal con estilográfica, y estoy demasiado cansada para cambiar de postura (*ibídem*, 74).



Lo que importa es la escritura comenzando ella misma desde sí misma, es decir, desde la ausencia de sentido, de identidad previa, de presencia. Escribir desde la escritura, desde la deriva. El comienzo parece ser un recomienzo de la escritura cada vez, un recomienzo de la interrupción.

12 de mayo

“A los diez minutos de reportaje me aburrí en realidad me aburrí todo el día y apagué la televisión para venir a escribir por lo menos que no podía escribir” (Pérez, 1998, 65).

26 de mayo

“¿Qué digo? Cualquier cosa. Ya no sé qué escribir con tal de distraerme. Si dejo de escribir no sabría ya qué hacer: me cansé de limpiar, me cansé de leer, no quiero salir por si me llama” (*ibídem*, 77).

Idea Vilariño escribe, en sus Diarios de Juventud:

“Siento hoy esta absurda compulsión de anotar. No tengo nada que decir (...)”⁷

A toda esta insistencia escrituraria, estimo, se refiere Daniel Link cuando se define como “grafómano”. En una de sus clases dictadas en 2005 sobre literatura contemporánea, editadas bajo el nombre *Literatura y disidencia*, Link exige que se reconozca “la calidad de enfermedad de la escritura” y atribuye al padecimiento suyo de esa enfermedad, la grafomanía, la índole variada, quizás, inclasificable, de su obra, compuesta de “diarios, cartas, apuntes, borradores (protocolos de experiencia)” (citado en Giordano, 2008, 52). Ser grafómano supone una pasividad subjetiva respecto de la grafía que domina y obliga su realización. Por lo cual, la grafomanía, se encontraría siendo parte de la resistencia o restancia de la escritura frente a toda instancia fundante, en este caso la de un sujeto, que haría uso de ella en tanto medio.

Link, en su prólogo a la correspondencia de Pasolini, *Pasiones Heréticas*, lo califica también a él de grafómano. Allí precisa este fenómeno diciendo que cartas como las de Pasolini importan porque son escritas por “grafómanos, es decir, enfermos que no pueden dejar de escribir” (Link, 2005, 7)⁸.

En uno de los relatos que componen *La mafia rusa*, “Yo fui pobre”, irrumpe su grafomanía. Allí se cuenta que ese niño pobre no tenía teléfono, pero sí “libretitas” donde anotaba los números de sus compañeros de escuela. Dice Link:

“Para qué, no lo sé, porque jamás iba a llamarlos. Tampoco recuerdo en todo el espacio útil de mi infancia (cuatro o cinco manzanas hacía adelante y hacia la izquierda de mi casa) un solo teléfono público. Creo que ese hándicap tecnológico me arrojó a la escritura, por razones muy diferentes a las que me llevaron a ser un lector compulsivo. Yo escribía cartas, postales, saluciones, lo que fuera, para poder comunicarme con los otros, incluso con mis parientas más cercanos (vivieran cerca o lejos) y mis amigos.

Cada tanto, en algún cumpleaños, mi mamá me hace el obsequio de haber recuperado de entre los papeles viejos de su familia o la de mi papá algunas de esas piezas de expresión desmesurada de mi propio yo: “te quiero te quiero, te quiero, te extraño y deseo que nos volvamos a ver”. Bajo las



⁷ En la edición de los *Diarios de Juventud* de Idea Vilariño, realizada por Ana Inés Larre Borges y Alicia Torres recientemente publicados, Larre Borges señala este aspecto en el que venimos insistiendo: “Nada puede sustituir al original manuscrito, al contacto del lector con la materialidad de las libretas, a la emoción de reconocer una caligrafía y en ella la memoria de la mano con que fue escrita y la sombra del cuerpo de su autora. La reproducción gráfica de algunas páginas del Diario busca paliar esa nostalgia y ofrece el testimonio de las libretas originales” (Montevideo: Cal y Canto, 2013 37).

⁸ Agrega que los grafómanos consiguen “sublimar esa manía o esa obsesión en lo que se llama Arte, la literatura”, no obstante, no ocurre este fenómeno en las escrituras diarísticas de escritor, donde la manía no está sublimada sino exaltada en la escritura. A la literatura, como decía Astutti de la escritura de Levvero, le dan la espalda.

almohadas de mis padres, en las carpetas de mis compañeros de colegio, en los buzones de mis parientes y vecinos aparecían esas esquelas imposibles de procesar sin alarma” (Link, 2008,114).

Si bien podría verse en primer lugar una intención de comunicación con los otros que pondría a la escritura en el lugar antiderridiano de derivado, creo que lo que resalta es más bien lo contrario: la *desmesura* de esas piezas de expresión del yo, la *imposibilidad* de ser procesadas sin alarma, es decir, la enfermedad de la escritura. Luego, como efecto suyo, efecto ético, la intención de comunicación con los otros⁹.

En la tradición literaria argentina existe otro escritor grafómano confeso quien, ciertamente, escribió un *Diario*, además de novelas con formato de diario, que subtítulo *Cuaderno de ejercicios espirituales*. Me refiero a Ricardo Güiraldes. La confesión de su *Grafomanía* fue escrita desde el título mismo de un artículo publicado en la revista *Proa*, en junio de 1925. Allí dice Güiraldes “Escribir es mi vicio. Primero, fueron cartas, luego cuentos, ahora palabras. Y de las tres costumbres, ninguna es mejor. Lo mismo es placer”¹⁰.

Simultáneamente a la escritura de su *Diario*, Güiraldes iba componiendo una autobiografía en formato de carta a Guillermo de Torre. Muchas entradas del diario anotan ese proyecto y el trabajo avanzado. En aquella autobiografía indica como lugar de origen de su escritura justamente la escritura diarística: “Creo recordar como debut un diario infantil hecho en la Estancia, comentario del día acompañados de dibujos”¹¹.

El vicio de escribir se expone de diversas formas y múltiples diaristas¹². Se afirma la escritura, se la aborrece, se la interroga, se la crítica, se quiere escapar de ella, pero no se



⁹ La verdad como adecuación entre pensar, ser y decir, es subsidiaria de la metafísica logocéntrica que Derrida desnuda y descompone en su índole discursiva. Por esto, la sinceridad, de la misma familia de esta adecuación, está fuera de consideración en las escrituras de sí. No tiene relevancia que Link haya asegurado, luego de leer el texto citado arriba en el seminario sobre “El giro autobiográfico” coordinado por Alberto Giordano, el carácter ficticio del mismo.

¹⁰ “Grafomanía”, en *Proa*, año II, núm 11, Buenos Aires, junio 1925, pp8-12. También se refiere a su grafomanía en *El sendero*, de 1932 (1967, Losada: Buenos Aires, p 31).

¹¹ Citado por María Gabriela Mizraje en el prólogo a su *Diario* (2008), Paradiso: Buenos Aires, p 10.

¹² Algunos ejemplos: *Pablo Pérez*: “Ahora creo que tal vez debería dormir una siesta, pero insisto y sigo escribiendo aunque sea inútil” (1998, 40). 2 de abril: “Me levanto de la cama y me siento a escribir para matar el aburrimiento” (Ibíd., 48). *Alejandra Pizarnik*, 1955, 27 de junio: (...) No sé escribir. Quiero escribir una novela. 1958, 20 de abril: (...) Debiera comenzar mi novela. 1962, 26 de junio: Quiero escribir cuentos, quiero escribir novelas, quiero escribir prosa. Pero no puedo narrar, no puedo detallar, nunca he visto nada, nunca he visto a nadie. *Virginia Woolf*: 1933, 31 de mayo: (...) Muy bien: los antiguos Pargiters están comenzando a ralear, y me digo: oh, terminar de una vez. Quiero decir, escribir es un esfuerzo, escribir es una desesperación. *Mandfield*, 1914, 2 de abril: (...) Si pudiera escribir con mi antigua fluidez por un día, se rompería el hechizo. Es el esfuerzo continuo, la lenta formación de mi idea y luego, ante mis ojos y sin que pueda hacer nada, su lenta disolución. *Mayo*: (...) ¡Oh! Si hoy pudiera escribir un poco, este día se volvería memorable para mí. Estoy ansiando escribir y no encuentro las palabras. Es una cosa extraña. 1915, 4 de enero de: (...) Hago la promesa de terminar un libro este mes. Escribiré todo el día y también por la noche, para poder terminarlo. *Lo juro*. 1921, 13 de julio: (...) incapaz de escribir una sola raya... tengo que confesar que he tenido un día de pereza. Sabe Dios por qué. Lo iba a escribir todo, pero no he hecho nada... Tengo la impresión de que soy culpable, pero al

puede detener. Walsh, por ejemplo, no deja de escribir aún en la extenuación, en situaciones de encierro y huida, en jornadas excepcionales –como cuando conoce la noticia de la muerte de su hija-. Pérez escribe “doblado” por la falta de aire:

13 de julio

“Creo que me voy a morir hoy. Tengo que escribir doblado en dos, con los codos apoyados en las piernas, a veces puedo levantarme, como ahora, pero respiro muy mal”.

1 de septiembre

“Recién, por un ataque de tos, tuve que dejar de escribir. Vuelvo tosiendo y cansado” (Pérez, op cit).

III. Ética

Las escrituras diarísticas, como grafomanía, son, asimismo, prácticas éticas. La segunda instancia que ya hemos venido ejemplificando también.

mismo tiempo sé que lo mejor que puedo hacer es descansar. *Al día siguiente*: (...) No quiero escribir nada. Está gris, pesado y triste. Y los cuentos parecen irreales e indignos de realización. No quiero escribir; deseo *vivir*. *Franz Kafka, 1914, 21 de agosto*: Empecé con tantas esperanzas, y los tres relatos me repelieron. *29 de agosto*: El final de un capítulo, fracasado. *Jules Renard, 1901, 1 de enero*: (...) Este Diario me vacía. *Mandfield, 1915, 1 de enero*: ¡Qué pequeño diario despreciable! Pero estoy decidida a continuar este año. *1916, 14 de febrero*: (...) ¿A quién le escribí siempre cuando llevaba esos grandes diarios quejosos? *André Gide, 1914, 27 de junio*: Creía que estábamos sólo a 26. Creía que había escrito todos los días en este cuaderno. Es indudable que dejaría de escribir en él, si no lo hiciera todos los días. *1915, 13 de diciembre*: Estoy deseando terminar este cuaderno; no escribo en él nada que valga la pena, pero sólo lo dejaré cuando esté terminado... *1916, 7 de febrero*: Nunca he sido más modesto que al obligarme a escribir cotidianamente en este cuaderno unas páginas que sé y siento que son pertinentemente pobres, repeticiones y balbuceos muy poco propios para hacerme valer, admirar o querer. *Woolf, 1939, 18 de diciembre*: (...) No sé cuál puede ser el objeto de redactar estas notas; salvo que se hace necesario romper la tensión y algunas pueden interesarme más tarde. ¿Pero cuáles? Porque jamás llego a las profundidades; me quedo muy apegada a la superficie. Y siempre borroneo antes de volver a la casa... con un ojo en el reloj. Sí, me quedan 10 minutos, qué podré decir. Nada que necesite pensamiento; lo que resulta irritante, porque a menudo pienso. Y pienso justamente lo que debería consignar aquí. *1940, miércoles 2 de octubre*: ¿No haría mejor admirando la puesta de sol, en lugar de escribir esto? *Ángel Rama, 1977, 8 de octubre*: (...) ¿Dónde está el error? Si esta libreta sirviera para descubrirlo (y soy algo escéptico) se justificaría el esfuerzo de atenderla, haciendo un hueco en la vorágine cotidiana. *22 diciembre*: Llevo el diario como una voluntariosa imposición, pues actualmente no me interesa, atraído por otros temas de la ciudad y por mis lecturas. Y también porque no estoy de humor para un registro de este tipo. *1978, Noviembre*: Quisiera terminar esta libreta y salir de este diario intermitente. Son pujos repentinos entre largos olvidos. *1980, martes 25*: (...) Tampoco me tranquiliza escribir esto, más bien me molesta hacerlo. *Julio Ramón Ribeyro, 1960, 27 noviembre*: (...) Para ello, claro está, debo empezar por aniquilar el enano maléfico y devorador del diario. *1955, 31 octubre*: La escritura posee una lógica rigurosa, funciona de acuerdo con un mecanismo propio, que una vez puesto en marcha expone a uno a decir cualquier cosa”. *1956, 10 mayo*: ...especie de náusea que me producen los diarios íntimos.

Cuando los escritores realizan sus terapias grafológicas caligráficas, a la vez que escriben esperan mejorar su salud, carácter y atención, esperan olvidarse de sí, o no deambular por la casa como un león enjaulado, distraerse, descubrir, investigar y dominar la tristeza; Link, comunicarse con los otros, Walsh, no beber, organizar las mudanzas, realizar planes de trabajo, tomar decisiones literarias y políticas; Alejandra estudiar, Güiraldes escribir un “Diario en que toda la literatura esté ausente, me propongo anotar hechos de trabajo, para ejercer sobre mí un control” (Güiraldes, 2008, 45). A la vez que escriben cuidan de sí.



Por ejemplo, leemos en el diario de Walsh¹³:

Julio 1968, miércoles 24: “Poner orden. Todo esto es un quilombo. Las cosas se acumulan. Establecer prioridades: Hoy: 1. Contrato y alquiler. 2. Hablar con Gené. Pero también arreglar reloj y máquina de escribir; ver qué es ese asunto de Santa Fe, y tratar de escribir aunque sea media hora” (2007, 95). 31 diciembre 1968: “La política se ha reimplantado violentamente en mi vida (...) Es posible que, al fin, me convierta en un revolucionario (ibídem, 118). 39 de diciembre de 1968: “Conseguir que el oprimido quiera pelear y ame la revolución; pero conseguir también que el opresor se deteste a sí mismo, y no quiera pelear. Pero yo soy el primero a convencer de que la revolución es posible. Y esto es difícil en un momento de reflujo total, en que se me ha acumulado catastróficamente el proyecto “burgués” (la novela) y el proyecto revolucionario (la política, el periódico, etc). Si distingo con claridad, si analizo bien, si creo métodos aptos de trabajo: todo eso tiene solución. Lo que no soporto en realidad son las contradicciones internas. Las normas de arte que he aceptado –un arte minoritario, refinado, etc.- son burguesas; tengo capacidad para pasar a un arte revolucionario, aunque no sea reconocido como tal por las revistas de moda. Debo hacerla. La película de Getino-Solanas señala una ruta, que yo empecé a transitar hace diez años” (ibídem, 120). 1969: “Trazar un plan de vida y acción” (ibídem, 148).

En el de Rosa Chacel, el jueves 29 de abril de 1965:

(...) ahora me conviene más andar cuatro o seis kilómetros. Me iré por la Avenida Atlántica hasta el poste 3, iré a comprar un enchufe para el cable de la plancha a las lojas americanas y me volveré por Copacabana (Avenida). No iré al cine; estaré de vuelta poco después de las siete, me tomaré un Pervitin y escribiré cartas. Si no recorro a eso no las escribo y entre hoy mañana tengo que despachar media docena. Como no creo que sea capaz de escribir más de un par de ellas, me durará la cuerda para seguir haciendo algo –hacer otra cosa es un medio de descansar. Y me pondré al relato verídico; si hoy no soy capaz de hacerlo, será mañana u otro día.

En el diario de Alejandra Pizarnik, se lee en una entrada del 19 de julio de 1955:

¹³ Cfr. Alberto Giordano “Más acá de la literatura. Espiritualidad y moral cristiana en el diario de Rodolfo Walsh”. En *La contraseña de los solitarios. Diarios de Escritores*. Rosario: Beatriz Viterbo. 2011.

Alejandra: has de luchar terriblemente. Has de luchar tú y este cuadernillo. Han de luchar ambos, pues los ojos del amado rostro dicen que quizás no esté todo perdido (...)

Planes para cuarenta días:

- 1) Comenzar la novela.
- 2) Terminar los libros de Proust.
- 3) Leer a Heidegger.
- 4) No beber.
- 5) Nada de actos violentos.
- 6) Estudiar gramática y francés (2007, 32).

Link propone esta lectura sobre la escritura epistolar de Pasolini: una escritura como transformación de sí, como medicina de sí, ideas, dice Link, que quizás Pasolini haya tomado de los estoicos, epicureístas, pitagóricos. Justamente la concepción de la ética que, a partir de sus estudios sobre los antiguos, plantea Foucault. Ética como forma de relación consigo mismo de índole práctica.

Cuando me refiero a las escrituras diarísticas como a escrituras éticas estoy pensando en la perspectiva foucaultiana:

“toda acción moral implica una determinada relación con la realidad en donde se lleva a cabo y una relación con el código al que se refiere, pero también implica una determinada relación consigo mismo; ésta no es simplemente ‘conciencia de sí’, sino constitución de sí como ‘sujeto moral’, en la que el individuo circunscribe la parte de sí mismo que constituye el objeto de esta práctica moral, define su posición en relación con el precepto que sigue, se fija un determinado modo de ser que valdrá como cumplimiento moral de sí mismo, y, para ello actúa sobre sí mismo, busca conocerse, se controla, se prueba, se perfecciona, se transforma” (Foucault, 1999, 29).

Foucault encuentra estas acciones éticas en ciertas prácticas, que van de la Grecia arcaica y clásica, la filosofía helenística y romana hasta el cristianismo, que conforman una “cultura de sí” basada en lo que los griegos llamaban *epimeleia heautou* y los latinos *cura sui* y que Foucault traduce como “souci de soi”, “cuidado de sí”. Tales cuidados consistían en técnicas de sí, “prácticas meditadas y voluntarias mediante las cuales los hombres no sólo se fijan reglas de conducta, sino que procuran transformarse a sí mismos, modificarse en su ser singular y hacer de su vida una obra” (Foucault, 1994, 545); que permiten al individuo “constituirse como sujeto de una conducta moral” (*Ibidem*, 1999, 228). Tales ejercicios que irán modificándose, desplazándose, sufriendo reactivaciones y transposiciones desde las técnicas presocráticas hasta las cristianas y extendiéndose incluso al contexto de la Reforma, giran en torno a las prácticas de parresia, ascesis, conversión, dirección de conciencia, confesión, testimonio y escritura. La escritura de sí es una de estas técnicas.

Por esto, a estas escrituras las llama Foucault *ethopoieticas*. “*Ethopoiein* quiere decir: hacer *ethos*, producir *ethos*, *modificar*, transformar el *ethos*, la manera de ser, el modo de existencia de un individuo”. (*Ibidem*, 2006, 233).

Así, las escrituras diarísticas -antes que un pacto autobiográfico, o relatos de un yo que narra su vida día a día utilizando como medio la herramienta de la escritura¹⁴ - acontecen como grafomanía ética; trabajan, en su compulsión material, sobre el sí mismo del escritor, nunca previo a dicho ejercicio, produciendo efectos prácticos existenciales: exhortaciones, máximas, consejos, engaños, planes de acción literaria, política, amorosa, entre otros.

La escritura diarística como escritura ética pone en juego una manía insignificante, dibujar letras, en forma imparale, y a la vez, una ascesis, un trabajo escriturario sobre sí; así, más que relato de la vida de un sujeto, es un ejercicio abierto siempre en la experiencia de lo posible.

Bibliografía

Corpus de Diarios

BARTHES, Roland, “Deliberación”, en *Lo obvio y lo obtuso*, Paidós, Barcelona, 1986.

CHEVER, John; JÜNGER, Ernst; MUSIL, Robert; PAVESE, Cesare, WOOLF, Virginia, en antología preparada por Alan Pauls en *Como se escribe el diario íntimo*, El Ateneo, Buenos Aires, 1996.

GIDE, André, *Diario [1889-1949]*, Buenos Aires, Losada, 1963.

KAFKA, Franz, *Diarios 1910 – 1923*, Marymar, Buenos Aires, 1977.

MANSFIELD, Katherine, *Diario*, Ediciones del Cotal, Barcelona, 1978.

PEREZ, Pablo, *Un año sin amor. Diario del sida*, Perfil, Buenos Aires, 1998.

PIZARNIK, Alejandra, *Diarios*, Lumen, Barcelona, 2003.

RAMA, Ángel, *Diario 1974 – 1983*, Trilce, Montevideo, 2001.

RENARD, Jules, *Diario 1887-1910*, Selección y edición de Joseph Massot e Ignacio Vidal-Folch, Clásicos Mondadori, Barcelona, 1998.

RIBEYRO, Julio Ramón, *La tentación del fracaso, Diario personal*, Seix Barral, Barcelona, 2003.

¹⁴ Lejeune, Philippe. *Le pacte autobiographique*. Paris : Du Seuil, 1974.

WALSH, Rodolfo. *Ese hombre y otros papeles personales*. Buenos Aires: Ediciones de la Flor, 2007.

Referencias bibliográficas

Agamben, Giorgio. *Idea de la prosa*. Madrid: Editora Nacional, 2002.

----- *La potencia del pensamiento*. Buenos Aires: Adriana Hidalgo, 2008.

Astutti, Adriana. “Ejercicios de caligrafía: Mario Levrero”, en Boletín 13-14 del Centro de Estudios de Crítica Literaria, 2007-8.

BARTHES, Roland. “Variaciones sobre la escritura”, en *La escritura y la etimología del mundo*, Buenos Aires: Sudamericana, 1989.

Catelli, Nora. *En la era de la intimidad. Seguido de: El espacio autobiográfico*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2007.

Di Cío, Mariana. “Una escritura de papel. Alejandra Pizarnik en sus manuscritos”, en *Revue Recto/Verso*. N° 2. 2007. <http://www.revuerectoverso.com/spip.php?article73>

Didier, Béatrice. *Le journal intime*. París. Presses Universitaires de France, 1976.

Foucault, Michel. *La hermenéutica del sujeto*. Buenos Aires: FCE, 2006.

----- *Historia de la sexualidad*. 2. El uso de los placeres. México: Siglo XXI, 1999.

----- *Historia de la sexualidad*, 3- La inquietud de sí. México. Siglo XXI, 1999.

Giordano, Alberto. *Una posibilidad de vida. Escrituras íntimas*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2006.

----- “El giro intimista. Las confesiones de Daniel Link” en *Boletín / 13-14*. Del centro de Estudios de Teoría y crítica literaria. Diciembre de 2007-Abril, 2008, pp 55-63.

----- “Más acá de la literatura. Espiritualidad y moral cristiana en el diario de Rodolfo Walsh”, en *La contraseña de los solitarios. Diario de escritores*. Rosario: Beatriz Viterbo, 2011.

Güiraldes, Ricardo. *Diario. Cuaderno de disciplinas espirituales*. Buenos Aires: Paradiso, 2008.

Larre Borges, Ana Inés. “Criterios de edición” en *Idea Vilariño. Diario de juventud*. Montevideo: Cal y Canto, 2013.

Lejeune, Philippe. *Le pacte autobiographique*. Paris : Du Seuil, 1974.

Torres, Alicia. “Las confesiones de Idea Vilariño o escribir el propio destino” en *Idea Vilariño. Diario de Juventud*. Montevideo: Cal y Canto, 2013.